

Marcelo Caetano: últimas razones del Estado Novo*

HIPÓLITO DE LA TORRE GÓMEZ
Departamento de Historia Contemporánea UNED

Marcelo Caetano: Last Reasons of the «Estado Novo»

RESUMEN

El reformismo de Marcelo Caetano, ensayado durante sus años de gobierno, resultó insuficiente para responder a los desafíos de la sociedad portuguesa, que acabaron por desembocar en la ruptura del 25 de Abril. Las razones del fracaso de la reforma marcelista se han atribuido a menudo a las dificultades del Presidente del Consejo para maniobrar, prácticamente sin margen y sin tiempo, entre poderosas presiones políticas contrapuestas. Sin embargo, el análisis de su pensamiento político, expreso en las manifestaciones realizadas durante los años de su Gobierno, revelan que en lo sustancial su ideario nunca se salió de los parámetros ideológicos y políticos del Estado Novo. Su reformismo no iba más allá de un intento honesto de relegitimar el régimen mediante un proceso de efectiva institucionalización de la actividad política, de dinamización representativa, de modernización socioeconómica y de aperturismo liberalizador. Por eso su mandato pudo al principio suscitar esperanzas, pero nunca podía conducir a

ABSTRACT

The reformist policy of Marcelo Caetano was incapable of overcoming the challenges of Portuguese society that eventually led to the outbreak of 25th April. The reasons for this failure have been often linked to the President's difficulties to implement changes in the midst of powerful and opposed political pressures. Nevertheless, the analysis of his political thought expressed in the speeches and statements produced during his government period, shows that essentially marcelist's ideas never exceeded the «Estado Novo» ideological framework. So, his reforming policy never went beyond an honest attempt to renew the regime throughout a more institutionalised and representative political practice, a deeper tolerance of public liberties and an economic and social modernization. All that could at the outset raise popular hopes, but it could never flow into democracy. Although for a some while the country could deceive itself, Marcelo Caetano never deceived the country.

* Cito por este orden a pie de página: la fecha de la intervención de Marcelo Caetano, la obra y las páginas de la misma donde esa intervención se contiene

la democracia. Y, aunque durante algún tiempo el país quisiera engañarse, Marcelo Caetano nunca le engañó.

KEYWORDS:
*Marcelo Caetano and «Estado Novo»,
Caetano's Political Thought. Marcelist
Reformism*

PALABRAS CLAVE:
*Marcelo Caetano y el Estado Novo.
Pensamiento político de Marcelo Caetano.
Reformismo marcelista*

1. EL MUNDO HABÍA ENLOQUECIDO....

El panorama que se encontró el Presidente del Consejo cuando llegó al poder era más que complicado. El mundo vivía el ápice de la fiebre de contestación izquierdista, que caía sobre un Portugal con un régimen político en crisis y una guerra de descolonización larga y sin previsible final. Marcelo Caetano percibía esta tormentosa situación, en que había de navegar el delicado navío del Estado portugués, con tintes dramáticos, que iban siendo cada vez más alarmantes. ¿Exageraba el sucesor de Salazar? Seguramente no. Pero no importa mucho afinar del todo el juicio sobre la realidad, sino constatar el sentimiento de alarma creciente del gobernante, retratar con sus propios ojos lo que él veía, percibir desde sus inquietudes las gravísimas amenazas que atisbaba en un horizonte cada vez más próximo para el orden político y social de la Nación.

El Presidente del Consejo no era simplemente un político, y menos un simple político, sino también un intelectual, un historiador, que conocía bien el pasado y estaba habituado a la reflexión sobre el mundo y el hombre. Comprendía que la intensa ola subversiva que había alcanzado a las sociedades modernas era una realidad profunda, insoslayable: una «*espantosa transição histórica*». Las formidables transformaciones de la técnica, con su capacidad de generar bienestar material, de acudir cada vez más deprisa, y también cada vez de forma más frustrante, a las necesidades que crecían siempre por delante, estaban destruyendo la «*civilização da paciência, inspirada na vida agrária*», sustituyéndola por la «*civilização da impaciência*», es decir, de la «*insatisfação*», que arrollaba la estructura de principios y valores en que hasta entonces se había sostenido el orden social.¹

En lo íntimo de sus aspiraciones, esa insurgencia generacional, que movilizaba a la juventud de los *campus* universitarios del mundo occidental en los años sesenta y había desencadenado el espectacular estornudo de París poco antes de que el «delfín» de Salazar se embarcase en la decisiva aventura de conducir la nave portuguesa en la postrera singladura del periclitante *Estado Novo*; esa rebelión, digo, de hecho estaba restaurando el «*velho mito —que nunca deixará de o ser!— do retorno à bondade e à inocência primitivas da espécie humana, mediante a destruição catastrófica da sociedade actual, cujas reais ou supostas injustiças seriam a fonte da sua perversão*». «*Delírios anarquistas*», «*visando a utopia da cidade libertária*», que rebrotaban de nuevo con disfraces distintos: «*quer sob as*

vestes clássicas dos terroristas do século XIX, quer sob as aparências dulçorosas do profetismo religioso, quer com as barbas do guevarismo ou a candidez das flores dos hippies, quer com a revolução permanente do trotskismo-maoísta»².

No constituía un fenómeno ni inocente ni intranscendente. Sino que esa «*onda de loucura (que) varre o Mundo*»³, donde «*os loucos tomaram um relevo, uma importância, uma influência nunca vistas*»⁴, estaba atacando directamente los fundamentos axiológicos de la civilización occidental y su independencia como espacio donde se desarrollaban las libertades fundamentales del hombre. Porque en la vanguardia agitadora aparecían eficaces «*minorías activistas*» que «*à maneira russa, chinesa ou cubana, com mais ou menos anarquia à mistura*» avanzaban siempre en la dirección de la terrible y opresiva dictadura comunista⁵, y porque el propio socialismo, que estaba «*na moda*» y constituía denominador común de toda esa inquietante marea (incluso en su difundida versión socialdemócrata que respetaba la propiedad privada de los medios de producción) acabaría por deslizarse hacia el «*comunismo autoritário*»⁶.

El mundo occidental estaba por tanto siendo víctima de una ofensiva revolucionaria en toda regla, que sólo interesaba y aprovechaba al bloque comunista. Los países del mundo libre ofrecían facilidades: sus jóvenes universitarios, sus intelectuales, su burguesía y sus clases medias rendían pleitesía a la moda del socialismo; sus instituciones sociales —familia, escuela, iglesias— mantenedoras de los valores tradicionales más sensibles, estaban agrietándose a ojos vistas. «*Presos a concepções ultrapassadas de liberalismo político*», los Estados demoliberales «*enfrentam o bloco monolítico do adversário deixando-o actuar à vontade, ou quase, no seio das suas instituições*», mientras que su «*tibia política internacional, ondulante ao sabor da opinião pública, cega pelas conveniências imediatas, sempre disposta à transigência e à conciliação, defendendo com frouxidão os seus interesses vitais que não tem coragem para reconhecer com clareza e para impor eficazmente*», claudicaba de forma suicida ante el imperialismo comunista.⁷

Tal era el amenazador escenario mundial que creía divisar con claridad la mirada inquieta de Marcello Caetano.

2.Y LA SUBVERSIÓN LLEGABA TAMBIÉN A PORTUGAL

El Portugal que heredaba Marcelo Caetano no constituía ni mucho menos una excepción en este alarmante panorama mundial, sino todo lo contrario. El Pre-

¹ 10. II. 69 (Marcello Caetano, *Pelo futuro de Portugal*, Lisboa, Verbo, 86) ; 21.II.70 (Marcello Caetano, *Mandato indeclinável*, Lisboa, Verbo, 1970), 103-104)

² 21.II.70 (*Mandato...*,104, 107-8, 111)

³ 8.IV.70 (*Mandato...*,133)

⁴ 27.IX.70 (Marcello Caetano, *Renovação na continuidade*, Lisboa, Verbo, 1971..14)

⁵ 8.IV.70 (*Mandato...*,136-137)

⁶ 20.VI.71 (*Renovação...*176-177)

sidente del Consejo revelaba en sus intervenciones públicas una preocupación creciente, que iba adquiriendo tintes tremendistas con el paso del tiempo y del acome pasado naufragio de sus iniciales esperanzas reformistas, ante el avance de la onda subversiva en los grandes centros urbanos de un país que en los años sesenta se modernizaba, dejando atrás con bastante rapidez el sosiego casi inmóvil del poderoso universo rural.

Según creía Marcelo Caetano, también en Portugal había echado raíces, sobre todo en los medios universitarios, la utopía anarquizante de los activistas que predicaban la destrucción del capitalismo y la sustitución de la corrompida sociedad burguesa que lo sostenía por los nuevos paraísos revolucionarios inspirados en la Cuba de Castro, en la China de Mao o en la revolución permanente del guerrillismo guevarista. No constituía el activismo de esos grupos un mero problema de orden público, sino una amenaza muy grave al orden social. Sus actores sociales no eran simples muchachos descarriados, sino revolucionarios que llegaban a utilizar el terror y persiguían el establecimiento de una verdadera dictadura totalitaria: *«a revolução socialista que as ARAS, os comités (sic) marxistas-leninistas, as brigadas revolucionárias e os demais grupos de acção directa pregam, e quere-riam, se os deixaram, levar a cabo, seria o terror das checas de negrada recordação da guerra civil espanhola, com o banho de sangue graças ao qual se pensa redimir o mundo dos pecados capitalistas»*⁸

A nadie podía tampoco engañar la llamada oposición, débil, dividida y, según el Presidente del Gobierno, limpiamente derrotada en las elecciones de octubre de 1969, donde el programa de gobierno y la política ultramarina de Marcelo Caetano habían querido verse democráticamente legitimados por el referendo mayoritario del país. Las campañas electorales, en 1969 y 1973, habían dejado bien manifiestos los propósitos subversivos del frente opositor, porque, de triunfar, ese conjunto de fuerzas no sólo no respetaría el modelo constitucional, sino tampoco el orden social:⁹ *«não se inserem num sistema que, dentro da Constituição, à imagem da democracia liberal de outrora, critique e modere o governo. Não são sequer uma corrente que, formulando reservas precisas à Constituição, se proponha modificar o regime político. São actividades que poem radicalmente em causa a propria sociedade em que vivemos e se propoem destruil-a desde os alicerces»*¹⁰. Ni tampoco esos grupos tenían siempre conciencia del interés prioritario de la nación. Ya no sólo el comunismo, que, como era sabido, obedecía órdenes de Moscú, pero ni siquiera el socialismo, tan en boga entre la nueva sociedad urbana de profesionales, académicos e intelectuales, se recataba de proveer a sus intereses partidistas sujetándose a una obediencia externa que escarnecía el prestigio y la independencia del País: ¿No había tenido que expulsarse en octubre de 1969 a una re-

⁷ 29.V.71 (*Renovação...*, 135-136)

⁸ 18.VI.72 (Marcello Caetano, *Progresso em paz*, Lisboa, Verbo, 1972, 163-4)

⁹ *DIÁRIO DE NOTÍCIAS*, 23-24. x. 69 (*Mandato...*35)

¹⁰ 24. VI. 73 (Marcello Caetano, *A grandes opções*, Lisboa, Verbo, 1973, 129-130)

presentación de la Internacional Socialista que pretendía fiscalizar la limpieza de las elecciones? ¿Y no se congratulaba un líder del socialismo portugués, junto con un conocido socialista sueco, por el «*auxílio que o Governo e o Partidos Socialista da Suecia prestam aos movimentos antiportugueses de África!*»¹¹.

Pero, aún dejando de lado los propósitos de subversión institucional que alimentaba la oposición *clásica*, no era dudoso que si la sedicente liberalización política llegaba a imponerse, ésta no duraría mucho. Y es que, según el Presidente el Consejo advertía en vísperas de las elecciones del 69, «*a revolução pode vir com pés de lã. Pode disfaçar-se em inocência pacífica. Pode insinuar-se como simpático processo democrático*»¹². El resultado sería la caída del poder en las manos del partido comunista que era «*o único grupo com capacidade de combate, de aglutinação e de domínio nessa oposição (...) E, se reconhecê-lo —añadía Marcelo Caetano— é uma homenagem a esses aguerridos adversários da ordem social, julgo preferible prestá-la a voltar a cara à verdade e deixarmo-nos viver no meio de ilusões*»¹³. Esa temible fuerza dentro del magma del opositorismo al régimen había dejado claro en su congreso del 65 cuál sería la táctica para llegar al poder: primero, colaborar con los restantes grupos para la implantación de las libertades democráticas; enseguida, aprovecharse de esas mismas libertades para provocar el «*levantamiento nacional*», la «*insurrección popular armada*», que habrían de conducir al triunfo de la «*revolución socialista*»¹⁴. O sea, al final de toda libertad. Así, entre el régimen del *Estado Novo*, que sustentaba «*os princípios da iniciativa individual, da propriedade privada, da liberdade civil*», y el comunismo, que trataba de sustituir esas libertades «*pelo domínio tirânico de uma nova classe burocrática*», no había «*terceras vías*»¹⁵: ni la demoliberal que, «*praticada com a ingenuidade doutro*», facilitaba el camino a los enemigos de la propia libertad y, además, nunca había podido aclimatarse en Portugal cuando estaba en su pleno apogeo histórico,¹⁶ ni la socialdemocracia, carente de apoyo popular, enfeudada al extranjero (a la Internacional Socialista) y, ayuna de espacio propio, abocada a favorecer una transición hacia el comunismo¹⁷. Porque, en este punto, Marcelo Caetano reiteraría en varias ocasiones el juicio de que la revolución corporativa portuguesa había cumplido en el país la función histórica que la socialdemocracia desempeñara en defensa de los derechos de los trabajadores en los países avanzados de Europa occidental desde finales del XIX, y que en el Portugal de entonces carecía de sentido por el simple motivo de que la nación apenas si tenía estructuras industriales. Como había sido el *Estado Novo* el promotor de la modernización económica, con el consiguiente desarrollo de la población obrera y del lanza-

¹¹ 27. X. 69 (*Mandato...*, 69-70)

¹² 27. X. 69 (*Mandato...*, 70-73)

¹³ 24.VI. 73 (*As grandes...*, 128-9)

¹⁴ 22.II. 72 (*Progresso...*, 92-93)

¹⁵ 18. VI. 72 (*Progresso...*, 164); 24. VI. 73 (*As grandes...*, 128)

¹⁶ 20. VI. 71 (*Renovação...*, 178-9); 24. VI. 73 (*As grandes...*, 128)

¹⁷ 24.VI. 73 (*As grandes...*, 128)

miento de una verdadera política de protección social, el socialismo democrático jamás había tenido razón de ser. Estaba condenado a no representar nada y a no tener otra función política que la de favorecer la transición hacia la «*apropriação dos meios de produção*», es decir, hacia el comunismo¹⁸

La estabilidad política y social del país se estaba enfrentando por tanto a un desafío de alcance verdaderamente subversivo que tenía orígenes y rasgos comunes a los de las sociedades occidentales, pero que se agravaba por la propia naturaleza del régimen y, sobre todo, por su empeño en la defensa de los territorios de ultramar. El Presidente del Consejo era categórico al sostener que en esa ofensiva general de las fuerzas revolucionarias mundiales, que se expresaban bajo distintos signos —desde la contestación impúdica de los valores tradicionales, a la agitación de los radicalismos anarquizantes, la exacerbada reclamación de libertades sin límite o la vieja lucha del comunismo por la instauración de la dictadura del proletariado— Portugal era objetivo preferente por su implicación internacional, a través de la nación ultramarina, en el combate al «socialismo *sem face humana*», empeñado en ganar espacios mundiales a la expansión del imperialismo comunista. De hecho Portugal estaría siendo víctima de una vasta conspiración internacional para expulsarle de África, justamente por ser «centinela vigilante» de la «civilización tradicional» de Occidente.¹⁹

No había un estado de guerra en Ultramar, porque las poblaciones se mantenían en paz y fieles a la nación, y las operaciones militares portuguesas se limitaban a asegurar el orden alterado por acciones puntuales e ineficaces de una guerrilla que carecía del menor arraigo en aquellas sociedades mutirraciales portuguesas. De hecho los movimientos guerrilleros, simplemente terroristas, minoritarios y rivales entre sí, eran los «títeres» de una conjura internacional. «*É o estrangeiro que proporciona dinheiro aos terroristas, e armas, e víveres, e recursos de toda a ordem, além de uma terrível máquina de publicidade em que a mentira sistemática e a sistemática ocultação da verdade desempenham papel primordial*»²⁰. Esa gran conspiración exterior, esa «*vozeria demagoga dos atacantes de Portugal*»,²¹ originada por los designios expansivos del bloque comunista, constituía una enorme trama formada por los países afroasiáticos y socialistas, respaldada por la ONU e incluso por varios de los aliados de la OTAN que no ocultaban su hostilidad, procediendo como auténticos adversarios de Portugal.²² El Presidente del Consejo dedicaba sobre todo juicios de grueso calibre contra la Organización de Naciones Unidas: «*Pois que dizer de uma organização, como essa triste e miseranda ONU, que ao celebrar 25 anos existência pode gabar-se de não ter resolvido um único problema grave da vida internacional suscitado nesse perí-*

¹⁸ 21. II. 70 (*Mandato...*, 108-110); 20. VI. 71 (*Renovação...*, 176-7)

¹⁹ 2. XII. 70 (*Renovação...*, 51); 2. IV. 71 (*Idem*, 91); 29. V. 71 (*Idem*, 135)

²⁰ 27. IX. 70 (*Renovação...*, 7)

²¹ 27. IX. 70 (*Renovação...*, 8)

²² 27. IX. 70 (*Renovação...*, 6)

odo —fosse o de Berlim, fosse o de Coreia, fosse o da invasão da Hungria ou da Checoslovaquia, fosse o do Vietnã, fosse o do Meio Oriente, fosse ele qual fosse deste mundo conturbado e aflito em que vivemos (...), e insiste em afirmar (...) que a acção policial dos portugueses contra os que perturbam a ordem dos seus territórios põe em perigo a paz do mundo? Ou que capitula a realização da barragem de Cabora-Bassa, a qual permitirá valorizar extraordinariamente largo trato do vale do Zambeze e pôr à disposição de milhões de homens um potencial energético de espantosa importância (...), só porque é levada a efeito pelos Portugueses, de crime contra a Humanidade?»²³

La ofensiva contra la presencia africana de Portugal no podía aislarse de la subversión emprendida contra el orden político y social que representaba el régimen. Eran escenarios distintos de una misma guerra lanzada contra el país, en la que convergían las potencias extranjeras, las asambleas internacionales, «onde se reúnem maiorias ululantes de afro-asiáticos cegos de paixão»,²⁴ y las fuerzas opositoras y revolucionarias del interior. ¿No propugnaba la propaganda de la oposición el abandono del Ultramar? ¿No aparecía en todos sus documentos como objetivo prioritario lo que denominaba «la lucha contra la guerra colonial»? De hecho en las filas opositoras este tema sólo suscitaba una división entre los que postulaban la negociación con los llamados «movimientos de liberación» y los que sostenían la entrega inmediata y sin condiciones del Ultramar a los «terroristas»²⁵ ¿No estaban difundiendo ciertos políticos, que gustaban pasearse por el extranjero, la «infamia» de que el Gobierno estaba imponiendo al pueblo la defensa de Ultramar?²⁶ Y, en fin, ¿no se congratulaba un conocido líder opositor, «com particulares responsabilidades», del «auxílio que o Governo e o Partido Socialista da Suecia prestam aos movimentos antiportugueses de África!»²⁷. Ninguna duda tenía el Presidente del Consejo de que la ofensiva exterior gozaba del aplauso, del apoyo, de muchos «maus portugueses», «com consciência de traição, uns; inconscientes, outros», que constituían una verdadera «quinta-coluna»²⁸

Porque Portugal no estaba ante una guerra convencional, sino frente a una guerra subversiva, donde el verdadero objetivo era minar la resistencia de la retaguardia, mediante la presión internacional, las acciones terroristas en los territorios africanos y la propaganda que estaba alcanzando de lleno a la sociedad portuguesa, explotando sus sentimientos y corrompiendo sus valores. Marcelo Caetano era absolutamente explícito: «A guerra subversiva —explicaba— é um combate que se dissemina nos territórios e infiltra nas retaguardas. O cansaço da luta prolongada, a insinuação das objecções de consciência, a perversão dos costumes, a corrupção da mentalidade, a destruição dos conceitos de honra pessoal, de dever cívico e de

²³ 27. IX. 70 (*Renovação...*, 13)

²⁴ 3. VII. 72 (*Progresso...*, 176)

²⁵ 6. V. 73 (*As grandes...*, 101-103)

²⁶ 8. IV. 70 (*Mandato...*, 139)

²⁷ 27. X. 69 (*Mandato...*, 69-70)

²⁸ 2. IV. 71 (*Renovação...*, 91-93)

*amor pátrio, tudo isso faz parte de um plano de desagregação da frente interna, enquanto pelo mundo se ensaiam todos os meios de pressão susceptíveis de procurar conducir o País à mudança da sua política ultramarina»*²⁹. Se trataba en suma de «*minar a nossa resolução colectiva e o nosso espírito de resistência. Incluindo a destruição do regime político que o povo português consagrou e sem o qual se julga que na anarquia subsequente fácil seria a capitulação»*³⁰

Ante una guerra de esta naturaleza, lo importante era la resistencia social. Pero ésta, atacada de forma insidiosa y masiva por flancos indirectos, aparentemente alejados del objeto inmediato de lucha, como eran el de las costumbres, los valores y las instituciones sociales más venerables, estaba apuntando graves signos de quiebra. En el discurso del Presidente del Consejo resonaba una cierta crítica despectiva, eco visible y nunca extinguido de su juvenil radicalismo social de derechas, hacia el grosero y suicida egoísmo de la apoltronada burguesía portuguesa, denunciando como uno de las principales bazas de la subversión en marcha «*o comodismo burguês, sempre cego enquanto nao sofre na própria carne a consequência dos seus erros de compreensão e de acção»*³¹. Como siempre, ignoraba esa estúpida burguesía que su cabeza sería la primera en caer. «*Nao faltam respeitáveis burgueses e não menos respeitáveis senhoras burguesas —afirmaba— que, com a mesma leviandade dos nobres da Corte de Maria Antonieta, onde se acolhiam jubilosamente as ideias novas que os levariam ao cadafalso, fazem gala em mostrar a sua abertura de espírito ao conceder nas conversas de salão a sua simpatia ao sistema que, a ser posto em prática, se apressaria a dar conta deles»*³²

Esa frívola acogida de las «*ideias novas*» se concretaba sobre todo en la moda socialista que abrazaba con fruicción la burguesía y las clases medias urbanas, mientras que los responsables de orientar y de encauzar a la juventud, claudicaban acomplejados ante la marea que corroía los fundamentos morales y sociales del país: los profesores, en los institutos y las universidades; los curas, en las parroquias; en todas partes, los «*mayores*», que habían tomado el hábito de entonar un «*mea culpa perante os jovens*» por «*não lhes terem dado um mundo melhor*»³³. «*Ha padres que deixam de pregar o Evangelho para fazer no púlpito a apologia da revolução social, demitem-se os pais da autoridade familiar, as audácias dos costumes chocam cada vez menos os moralistas, professores resignam-se à indisciplina, entram chefes em duvida acerca da legitimidade do exercício da sua autoridade.*»³⁴ En suma, las instituciones sociales donde tradicionalmente se formaban las nuevas generaciones —familia, iglesia, escuela— estaban «*minadas*» o se hallaban «*vacilantes*»³⁵

²⁹ 2. XII. 70 (*Renovação...*,54-55). El Presidente del Consejo reiteraba esta idea en frecuentes ocasiones, por ejemplo: 21. V. 69 (*Pelo futuro...*, 183-184)

³⁰ 24. VI. 73, (*As grandes...*, 130-131)

³¹ 6. X. 69 (*Mandato...*,31)

³² 9. IV. 73 (*As grandes...*, 81)

³³ 27. IX. 70 (*Renovação...*, 24)

³⁴ 22. II. 72 (*Progresso...*,98)

³⁵ 2. XII. 70 (*Renovação...*, 40-50)

La Iglesia, sobre todo la Iglesia, se hundía como bastión de los valores sanos, pasándose incluso al enemigo en nombre del amor cristiano. El peligro era aquí especialmente grave por el ascendiente del clero entre los creyentes, «*habitados a seguir confiadamente aos seus pastores*». Ahora bien, los clérigos no habían sido preparados para ejercer el gobierno temporal, sino el espiritual. Y al inmiscuirse en aquel, les faltaba preparación y les sobraba predisposición a dar por buenas todas las quejas y las murmuraciones de los hombres. Nadie contestaba que la Iglesia debía estar con los oprimidos; también Marcelo Caetano lo estaba. Pero «*resta saber —concluía el Presidente del Consejo— o que é opressão e determinar quem seja realmente oprimido*»³⁶.

La decepción del creyente y la irritación del gobernante, consciente de sus responsabilidades y celoso de la independencia del Estado, se rebelaban sobre todo frente a lo que consideraba hipócrita moralismo de muchos hijos de la Iglesia: «*Para-rece que há cristãos com casos de consciência por causa do Ultramar. Preocupados com a salvação das suas almas. Pondo as mãos em atitudes devotadas ou espetando o dedo a proferir sentenças de moral. Que bom é ser moralista! Que bom no remanso da sua casa, antes ou depois do jantar, dizer como as coisas devem correr para tudo ficar no melhor dos mundos! Que bom poder resolver os problemas da consciência com algumas sentenças ambíguas, praticando gestos inconsequentes, ou fazendo prédicas e orações! Mas os governantes também têm problemas de consciência. Se amanhã, por fraqueza ou errada visão de quem governa suceder em África que milhares de famílias percam os seus lares, e as mulheres a sua honra, e as pessoas a suas vidas, e a desolação, a ruína e a morte se espalharem onde hoje reina a paz e floresce o progresso, será aos devotos pacifistas que as vítimas e a Nação inteira pedirão responsabilidades e clamarão justiça?*». Nadie iba a darle lecciones de humanidad al Presidente del Consejo. Tampoco la Iglesia. Si se pasaba a la revolución, que no esgrimiera razones de humana o divina caridad, porque el Estado también tenía obligaciones humanitarias. Y estaba por ver cuáles eran más importantes.

No era precisamente esperanzador el panorama portugués que percibía Marcelo Caetano. De principio a fin de su experiencia al frente del País, aunque de forma más acentuada a medida que ésta iba acercándose a su término, el Presidente del Consejo insistiría en sus intervenciones públicas en mostrar la gravedad de la ola subversiva que avanzaba imparable, su naturaleza poliédrica, y su penetrante contaminación social, minando los fundamentos políticos, institucionales y morales en que venía sosteniéndose el régimen y la presencia de la Nación en tierras de África. Lo que veía Marcelo Caetano a la altura de 1972 representaba una tremenda amenaza al Portugal que siempre había conocido y cuyos destinos tenía la misión de conducir en medio de los desafíos convulsivos de la modernidad. Lo que veía era simple y llanamente los terribles logros disolventes de la estrategia re-

³⁶ 27. IX. 70 (*Renovação...*, 23)

volucionaria tantas veces denunciada: «*A campanha sistemática e por todos os meios contra a família, a sociedade e a autoridade, a intromissão em associações e sindicatos de elementos revolucionários, o tripudiar nas escolas de minorias audaciosas que perturbam o ensino, destroem a disciplina e ostentam as mais variadas tendências subversivas perante a passividade ou a inutilização dos professores, a proliferação de grupos anarquistas ou de células terroristas dispostos a espalhar destruição e morte, a invasão da pornografia na literatura e nos espectáculos, a campanha de denegrimiento das Forças Armadas e das virtudes militares e o desbocado ataque à presença de Portugal no Ultramar*»³⁷

3. UN PROYECTO DE SUSTANCIAL CONTINUIDAD

Frente a este panorama amenazador, que de forma tan explícita y reiterada denunciaba el Presidente del Consejo, difícilmente podía esperarse que el sucesor de Salazar practicara una política de liquidación de régimen para conducir a Portugal hacia la democracia. Llama la atención las esperanzas suscitadas en aquel entonces, sobre todo dentro de los medios opositoristas, y en general en la opinión portuguesa e internacional, sobre las posibilidades democratizadoras que habría tenido en sus manos Marcelo Caetano; y resultan también sorprendentes las críticas, desconsoladas o ácidas, que se le dedicaron por el supuesto carácter fraudulento de su proyecto de liberalización. Cuando sus críticos se rasgaban las vestiduras ante el hipotético engaño del Presidente del Consejo, anunciando que iba a girar a la izquierda para mantenerse o incluso desplazarse a la derecha y atribuían al jefe del Gobierno encubrimiento de sus verdaderas intenciones o pusilánime debilidad frente al *lobby* ortodoxo del régimen, lo menos que puede decirse es que, confundiendo sus deseos con las realidades, esos críticos no quisieron entender los transparentes mensajes de Marcelo Caetano sobre la revolución y el gobierno. Porque, como muy bien señalara Vasco Pulido Valente, «*Marcello não pretendia fazer mais do que aquilo que fez*» (38)

Sin embargo, el Presidente del Consejo fue rotundo desde el principio. Su famoso slogan, «renovación en la continuidad» no admitía interpretaciones equívocas. Lo sustantivo era la continuidad; lo adjetivo, la renovación. Sólo dentro de lo substancial, de lo permanente y sin modificarlo en su esencia, era posible introducir cambios. Es más, esos cambios, que debían ser adaptaciones a las nuevas circunstancias, y sobre todo a la circunstancia política capital de la desaparición de Salazar, resultaban precisamente necesarios para asegurar la propia «continuidad». En su discurso de toma de posesión había hecho suya, como eje capital de su actuación gubernativa, la célebre frase de Salazar: «*Todos não somos de mais para continuar Portugal*». Pero «continuar —añadía ahora Caetano— *implica uma*

³⁷ 22. II. 72 (*Progresso...*97)

³⁸ *Marcello Caetano. As desventuras de razão*, Lisboa, Gótica, 2003 (3.ª ed.), que constituye un espléndido análisis de sus ideas y proyectos políticos.

ideia de movimento, de sequência e de adaptação».³⁹ El propio término «renovación» no me parece que fuera gratuito ni idéntico al de «reforma», aunque en el discurso marcelista este último se utilizase habitualmente como sinónimo de aquel. En toda reforma hay una transformación, una modificación, aunque sea externa, del objeto reformado; en cambio, con la «renovación» se pretende tornar otra vez nuevo lo que ha quedado antiguo; el objetivo directo es hacer viable, o sea actual, la preservación de lo existente. «*A vida da Nação —explicaría en otra ocasión el Presidente del Consejo— exige continuidade e só nela pode inserir-se fecundamente a renovação*». Había por tanto que «*afirmar o propósito de renovação na continuidade, isto é, de seguirmos sendo quem somos, mas sem nos deixarmos ancilosar, envelhecer, ultrapassar*»⁴⁰. Es cierto que Marcelo Caetano declaraba tener el «*desejo sinceríssimo de um regime em que caibam todos os portugueses de boa vontade*», pero también advertía ya en su discurso de toma de posesión que ese deseo no podía confundirse con «*cepticismo ideológico ou tibieza na decisão*», y que la libertad que quería para los portugueses estaba marcada por dos límites precisos: la amenaza comunista que sería «*a sepultura da liberdade dos indivíduos e da própria Nação*»; y el esfuerzo diplomático y militar que estaba realizando el país para defender sus territorios africanos.⁴¹ Era imposible ser más claro. Y el Presidente del Consejo nunca, desde el mismo día en que tomó posesión del Gobierno, dijo otra cosa.

Cuando Marcelo Caetano habla de continuidad, no se trataba de ningún brindis al sol para tranquilizar a sus adversarios de la derecha más recalcitrante, sino de un convicción profunda y claramente expresada sobre la valiosa vigencia de las instituciones del *Estado Novo*. El «sistema de principios» contenidos en la Constitución de 1933 era, a su entender, absolutamente válido⁴², y la organización de los poderes no debía alterarse: «*Seria imprudência, e imprudência grave, pormos de lado o que há de substancial nessa Constituição e criarmos o risco de retroceder a um regime que não possa garantir a estabilidade e a continuidade governativas*». «*A independência do Governo em relação aos votos da Assembleia Nacional, a possibilidade de legislar por decretos-leis, a responsabilidade política do Presidente do Conselho perante o Chefe do Estado, são elementos fundamentais da ordem constitucional vigente*»⁴³

Tan seguro o más de la conveniencia de mantener el sistema de poderes, lo estaba Marcelo Caetano de la bondad de la organización corporativa que, como es bien sabido, siempre había representado para él uno de los principales objetos de su atención. Poco después de llegar al poder afirmaba de forma rotunda que el Gobierno seguía «*fiel aos propósitos que nos anos trinta constituiram a grande promessa de reforma social então formulada na legislação corporativa*». Y añadía

³⁹ 28. IX. 68 (*Pelo futuro...*, 17, 19)

⁴⁰ 2. XII. 70 (*Renovação...*, 47)

⁴¹ 28. IX. 68 (*Pelo futuro...*, 18-19)

⁴² 21. II. 70 (*Mandato...*, 117)

⁴³ 29. V. 71 (*Renovação...*, 132-133)

que «o corporativismo tem de ser vivido e praticado pelo País inteiro»⁴⁴. El corporativismo había realizado «onde nada existia» una «obra monumental», creando «um sistema completo de protecção e garantia dos trabalhadores portugueses». Y eso, al tiempo que nacía la industrialización del país, por lo que en Portugal nunca se había conocido «a exploração generalizada de um proletariado desamparado que caracterizou os alvares do sistema capitalista no centro da Europa e justificou a luta de classes»⁴⁵. Esa amplia malla de asociaciones, de trabajadores y de empresarios, surgida por impulso del sistema corporativo que había acompañado bajo el techo impulsor y protector del *Estado Novo* la historia de la modernización portuguesa, tenía que seguir tutelada por los poderes. No podían los sindicatos y los gremios considerarse como asociaciones privadas, que derivasen en instrumentos partidistas y de lucha de clases, dañando los intereses de patronos y trabajadores y, lo que era peor, perjudicando el interés general de la sociedad. Debían seguir siendo asociaciones encuadradas por el Estado, donde además de tener expresión política representativa en los consejos municipales y en la Cámara Corporativa, hallaban garantía de justo equilibrio en sus relaciones contractuales y de colaboración al interés superior de la colectividad nacional.⁴⁶ No era por tanto este modelo una antigualla, ni mucho menos, porque el «*Estado dos nossos dias* —afirmaba el Presidente del Consejo— *tem de constituir um Estado social*»⁴⁷: exactamente lo que había pretendido, y parcialmente logrado, el sistema corporativo surgido en 1933.

Además de por su bondad intrínseca, el valor de la continuidad de las estructuras básicas del sistema se justificaba también por su adecuación a las circunstancias específicas del país y a las perspectivas que ofrecía la evolución de las formas de gobierno en todas partes. Marcelo Caetano admitía que el sistema demoliberal hubiera funcionado bien en sociedades, como la británica, donde el alto nivel de cultura cívica evitaba la perversión de la libertad por el egoísmo de los individuos. Pero no era ése el caso de Portugal, donde «*passará ainda tempo antes de que seja possível dispensar as leis que regulam o exercício das liberdades e reducir os órgãos e agentes da autoridade a meros espectadores da actividade dos cidadãos*»⁴⁸. La experiencia caótica del demoliberalismo republicano de principios de siglo continuaba siendo el argumento histórico más socorrido para demostrar la inadecuación de la democracia clásica a las peculiaridades de la sociedad portuguesa. «*Recusamo-nos* —sentenciaba el jefe de Gobierno— *a voltar ao estado de <apagada e vil tristeza> de antes do 28 de Maio de 1926*»⁴⁹ Además, retomando una expectativa más de una vez augurada por su predecesor, creía que el modelo portugués iba a favor y no en contra de los vientos de la historia, porque la capacidad que

⁴⁴ 6. XI. 68 (*Pelo futuro...*, 45 y 43)

⁴⁵ 18. VI. 72 (*Progresso...*, 168-169)

⁴⁶ 22. V. 69 (*Pelo futuro...*, 189-193); 21. II. 70 (*Mandato...*, 108-110); 15. VI. 70 (*Mandato...*, 195-197)

⁴⁷ 15. VI. 70 (*Mandato...*, 196)

⁴⁸ 2. XII. 70 (*Renovação...*, 63)

⁴⁹ 29. V. 71 (*Renovação...*, 139)

ofrecían los modernos medios de transmisión para relacionar al gobernante con los gobernados acabaría disminuyendo el papel de las asambleas como foros de comunicación de los gobiernos con la sociedad. De ahí, «*o prevalecimento que vai tendo* —aseguraba— *o sistema presidencialista*»⁵⁰

Finalmente, el mantenimiento del modelo de gobierno portugués resultaba oportuno por las circunstancias delicadas que atravesaba el país, «*a braços*», como tantísimas veces recordaba el Presidente del Consejo, «*com uma guerra subversiva em que a retaguarda desempenha papel essencial*». Por eso, y porque después de cuarenta años de régimen de censura la sociedad precisaba de un «*período de transição*» para reeducarse en la responsabilidad, los límites a la libertad de expresión tenían que conservarse⁵¹. Y otro tanto podía decirse de la libertad sindical y del derecho a la huelga que, a parte de no beneficiar a los trabajadores y de perjudicar al interés general, serían politizados con fines partidistas y de indeseable lucha de clases.⁵² Tampoco contestaba el Presidente del Consejo el mantenimiento de la tristemente célebre policía política, porque todos los Estados, aseguraba, tenía policías para garantizar la seguridad interna y exterior. El problema no era ése, sino el de asegurar que aquella ineludible estructura preventiva y represiva fuese «*um instrumento do Estado e não um super-Estado*».⁵³ Lo cual, dicho sea de paso, ya era mucho denunciar y también mucho pedir a la vista del conocido historial de la famosa PIDE.

El valor de la continuidad afectaba también, y sobre todo, al «Ultramar» en cuya defensa Marcelo Caetano no se mostraba menos firme que su antecesor. Cuando el Presidente del Consejo aseguraba que «*um governante não chega ao poder para lhe ser entregue uma folha de papel em branco onde escreva o que quizer*»,⁵⁴ sin duda hubiera podido añadir que la principal hoja escrita, que nadie que no fuera un revolucionario podría borrar, era aquella, varias veces secular, donde se describía una nación inseparable de sus territorios ultramarinos. Sabía, además, porque así se lo dijo el Presidente de la República al designarle para suceder a Salazar que, si se intentaba transgredir ese sagrado principio, las fuerzas armadas tomarían el poder. Gobernar en el *Estado Novo* y con el espíritu salazarista, inmanente a las instituciones y nada residual, era también parte irrenunciable de la página escrita que había heredado.

A pesar de todo, Marcelo Caetano no había asumido mecánicamente la herencia salazarista de defensa del «Ultramar». Al ocupar la jefatura del Gobierno —confesaba— había procedido «*friamente ao examen do problema ultramarino, do princípio ao fim, para ver se haveria outras soluções a ensaiar, diferentes de aquela que estava a ser seguida e melhores do que ela*». La conclusión que había

⁵⁰ 27. IX. 69 (*Mandato...*, 19)

⁵¹ *DIÁRIO DE NOTÍCIAS* 23, 24. X. 69 (*Mandato...*, 42)

⁵² *Idem* (*Mandato...*, 50-51)

⁵³ *Ibidem*, 43

⁵⁴ A. ALÇADA BAPTISTA, *Conversas com Marcello Caetano*, Lisboa, Moraes Editores, 1973, 40

sacado «*de uma séria, reflectida e imparcial revisão crítica da política ultramarina portuguesa*» era que «*a posição de Portugal não podia ser outra*». Había que continuar defendiendo aquellos territorios.⁵⁵ Y, para cargarse también con una legitimidad popular expresa, había sometido a debate electoral, para escándalo de la ortodoxia salazarista, la hasta entonces intocable cuestión ultramarina. Y creía haber ganado⁵⁶, recibiendo en aquel momento un «*mandato indeclinável*»

La decisión era firme, pero no apacible. El Presidente del Consejo sentía más que nadie las enormes consecuencias de todo tipo que acarrearía el problema africano, las gravísimas repercusiones que tendrían sobre la vida política y la sociedad portuguesas cualquiera de las excluyentes soluciones: el abandono o la resistencia. Y la firmeza de su decisión de resistir no le evitaba una preocupación constante y un permanente esfuerzo tratando de hallar fórmulas imposibles para no pagar el elevado precio que exigía aquella determinación política. Ya en la otra pendiente de su mandato, confesaba no sin cierto patetismo que tenía aspecto de sincero desahogo: «*Noite e dia este problema está presente no meu espírito. A reflexão dele consome-me horas sem sono de noites que parecem intermináveis. Constantemente procuro caminhos que permitissem aliviar os sacrifícios do povo português, pôr termo a preocupações que, sendo de todos nós, são sobretudo de quem tem sobre os ombros o fardo de governar*»⁵⁷. No había otro camino. Pero ¿por qué? ¿Qué imperativos tan poderosos obligaban al país a sostener a costa de tantos sacrificios y frente de tan formidables enemigos internacionales la defensa de sus territorios ultramarinos?

«*Porquê? Para cumprir um destino histórico?*». Marcelo Caetano respetaba las tradiciones nacionales y creía que el pueblo que renegaba de su pasado estaba desnaturalizándose. Pero ésa no era suficiente razón «*porque a História está-se a fazer todos os dias e o que os imperativos nacionais ordenam tem de fazer-se, esteja ou não na linha do passado*». ¿Acaso debía permanecerse en Ultramar para defender Occidente? Ciertamente que esa defensa era importante, porque con ella se defendían los valores que representaban «*a essência do espírito nacional português*». Pero, si sólo ésa fuera razón, él no «*teria uma posição tão firme como tenho*», porque no estaba Portugal obligado a defender en solitario los intereses de tantos países y tantos hombres que ni tenían conciencia de sus intereses ni mostraban gratitud por «*o serviço que lhes prestamos*». Muchísimo menos toleraría el Presidente del Consejo que se estuviera defendiendo el Ultramar para proteger intereses económicos de quien quiera que fuese, como hacían correr de manera infame los adversarios del régimen⁵⁸. Esos intereses se defendían «*muito bem por si sós, arranjando sempre maneira de captar as boas graças de quem manda*». Por último, tampoco estaba de acuerdo con quienes sustentaban que la defensa

⁵⁵ 17. VI. 69 (*Pelo futuro...*, 204-205)

⁵⁶ 8. IV. 70 (*Mandato...*, 140)

⁵⁷ 3. VII. 72 (*Progresso...*, 180-181)

⁵⁸ 8. IV. 70 (*Mandato...*, 140)

de la nación ultramarina era «*imprescindível porque a sua perda implicaria a perda da independência de Portugal*». No había duda de que, sin las «provincias ultramarinas», el país perdería peso y proyección en el mundo, y sería más acosado por las codicias ajenas, pero nunca estaría en juego la independencia, porque ésta no radicaba en la extensión del territorio, sino «*no coração, na alma, na vontade dos Portugueses*». No, el Presidente del Consejo no aceptaba las razones substantialistas que siempre había esgrimido la ortodoxia del régimen, asumiendo por otra parte la vieja tradición nacionalista portuguesa, también compartida por los sectores más clásicos de la oposición. El verdadero imperativo que tornaba irrenunciable el sacrificio para conservar el Ultramar era la defensa de «*milhões de portugueses, pretos e brancos, que confiam em Portugal, que querem continuar a viver sob a nossa bandeira e a gozar a nossa paz e que não admitem a hipótese de ser entregues à salvação dos que, nos últimos dez anos, tem dado mostras mais do que suficientes dos ódios que os animam e da ferocidade que os conduz*».⁵⁹

Marcelo Caetano volverá una y otra vez a ese argumento, convencido de que el abandono y la independencia de aquellas tierras conduciría de forma automática a un desastre humano de consecuencias incalculables. Odios raciales, destrucciones, desorganización económica, pobreza y muerte serían inevitablemente el saldo de la entrega de Ultramar a los grupúsculos terroristas que, sin el menor arraigo social ni representatividad alguna, eran simples títeres manejados por los intereses de las potencias. Y ¡eso sí que sería un «*verdadeiro crime contra a Humanidad!*»,⁶⁰ al que el Presidente del Consejo no estaba dispuesto a colaborar plégándose a unos fantasmales derechos de autodeterminación. Porque, además, el peso moral de ese crimen caería sobre el Presidente del Consejo y no sobre la oposición, ni sobre los revolucionarios, ni tampoco sobre esos «cristianos», esos «devotos pacifistas» que predicaban, irresponsables, desde el confort de sus hogares o de sus templos.⁶¹ Y el peso económico y social, mucho más oneroso que el de los gastos para sostener la defensa de los territorios africanos, habrían de soportarse por todos los portugueses cuando tuvieran que recibir la avalancha de cientos de miles de compatriotas, blancos y negros, que buscarían refugio y medios de vida en la patria continental.⁶²

No, no podía abandonarse a aquellas poblaciones bajo pretexto de un pomposo derecho de autodeterminación para que un gobierno de la mayoría impusiera el principio de que África era de los africanos. Eso era simple «*racismo a encubrír-se com a frágil aparência da democracia*». ¿Por qué no podía admitirse que hubiera también africanos blancos? ¿Habría que exigir entonces a los descendientes de los colonos europeos que constituían la mayoría de los pueblos ameri-

⁵⁹ 27. IX. 70 (*Renovação...*, 9-11)

⁶⁰ 8. IV. 70 (*Mandato...*, 142)

⁶¹ 15. I. 73 (*As grandes...*, 57-58)

⁶² 17. VI. 69 (*Pelo futuro...*, 204)

cano o canadiense que cedieran el gobierno a los primitivos habitantes y abandonasen su tierra?⁶³ No, «*A África não é dos pretos, como a América nao é dos peles-vermelhas. O mundo é dos homens*»⁶⁴ Por otra parte, ¿era de imaginar lo libres que serían unas elecciones organizadas por aquellos sedicentes movimientos de liberación que desde hacía años venían practicando el terrorismo! Además, en las poblaciones autóctonas no completamente asimiladas a los hábitos occidentales, ¿qué valor podía tener el voto? «*A autodeterminação não se exprime por quadradinhos de papel postos nas mãos do gentio do sertão*», sino «*pelo convívio pacífico sob a bandeira portuguesa, numa aliança de esforços em que as raças colaboram e se fundem fraternalmente, a caminho de um mundo melhor*»⁶⁵. Pero, aún en caso de que no existiera la «imposibilidad constitucional y moral» de entregar territorios portugueses a grupos autodenominados de «liberación», que no tenían otros títulos que la siembra de la violencia al servicio de ambiciones extranjeras; en el caso hipotético de que pudiera negociarse un vergonzoso acuerdo —«*que seria de capitulação nacional*»— donde el Gobierno recibiera garantías sobre la seguridad e intereses de los portugueses en África, ¿podía alguien creer que esos compromisos se cumplirían, después de lo visto en otras independencias como la del Congo belga o la de la propia Argelia?⁶⁶

El Presidente del Consejo era quizás el político portugués que mejor conocía los territorios africanos, a donde había vuelto, en apretado periplo por las tres «provincias» (Guinea, Angola y Mozambique), en su primera salida al exterior como jefe del Gobierno, en abril de 1969. No había regresado a Lisboa fatigado, decía, sino exultante, «*com a alma em festa*», «*mais animoso do que nunca*», «*mais portugueses do que parti*», «*com a certeza de que vale a pena sofrer (...), lutar (...) insistir ao serviço desse povo admirável*», de esa «*juventude generosa em busca do seu futuro*»⁶⁷. Amaba África y a los africanos y pensaba en ellos; no en los ricos, que constituían excepción y ya sabrían defenderse ellos, sino «*nesses muitos milhares de homens e mulheres, pretos, brancos ou mestiços (...), vinculados à terra e confiantes no futuro*»; en esas gentes diversísimas y laboriosas, y en los sueños de aquellos «*que dos sertões inóspitos e das povoações melancólicas e febris doutroa fizeram essas promissoras cidades e regiões onde a vida estua e nas quais rompe triunfalmente a civilização!*»; pensaba «*naqueles jovens, naqueles homens e mulheres que sem distinção de idades, de classe ou de cor acolheram ao chefe do Governo Português em 1969 (...) afirmando clamorosamente a sua vontade de continuar portugueses*»; pensaba «*neles todos, em muitas horas do dia e da noite*»⁶⁸. Y se negaba a imaginar el desastre de toda aquella realización histórica, de toda aquella prometedora sociedad multirracial, de todas aquellas espe-

⁶³ 27. IX. 70 (*Renovação...*, 8)

⁶⁴ 3. VII. 72 (*Progresso...*, 181)

⁶⁵ 8. IV. 70 (*Mandato...*, 141-142)

⁶⁶ 15. I. 73 (*As grandes...*, 50-54)

⁶⁷ 21. IV. 69 (*Pelo futuro...*, 145)

⁶⁸ 15. I. 73 (*As grandes...*, 56-57)

ranzas, si Portugal abandonaba sus responsabilidades en esa parte entrañable de la nación. También, y sobre todo, había que defender la *continuidad* en Ultramar.

4. LA REFORMA COMO INSTRUMENTO

Pero esa continuidad básica del Portugal heredado no podía sostenerse de espaldas a la natural evolución de los tiempos, a las exigencias de las profundas transformaciones que estaba viviendo el mundo. El que esos intensos cambios socioeconómicos y culturales, esa «*espantosa transição histórica*» se estuviera haciendo presente, como advertía de forma tan obsesiva y dramática el Presidente del Consejo, en la marea mundial de subversión que amenazaba la estabilidad de las sociedades occidentales, no significaba que hubiera que adoptar una posición de resistencia, ni mucho menos de ignorancia, hacia esos cambios. Sería inútil, porque no podía ponerse un dique a la evolución; sería injusto y torpe, porque había que aprovechar los resultados positivos que aportaban al bienestar del hombre y de la sociedad; sería contraproducente, porque sólo podía mantenerse lo sustancial si se renovaba adaptándose a las nuevas circunstancias. «*Continuar — había dicho Marcelo Caetano en su discurso de toma de posesión— implica uma ideia de movimento, de sequência e de adaptação*», porque «*a vida é sempre adaptação*»⁶⁹

Esa «renovación» o «reforma» *marcelistas* tenían poco o nada que ver con un designio de transitar al sistema democrático, y únicamente una lectura muy optimista de sus propias declaraciones podría sugerir que incluso existiera voluntad de caminar, por despacio que fuera, en esa dirección. Los que esperaban con ansiedad otra cosa pudieron verse engañados por el fervor de sus aspiraciones, pero el jefe de Gobierno no les engañó. No sólo insistió hasta la saciedad, como hemos visto, en la validez de lo existente —sistema político y defensa del Ultramar— y en la naturaleza estratégica de la renovación como instrumento de preservación de las estructuras y de los valores sustanciales, sino que sus menciones al reformismo se acompañaban siempre de llamadas a la prudencia. Las reformas no podían abrir las puertas a la revolución que aguardaba el agrietamiento del sistema para destruirlo.⁷⁰ Y él —repetiría en más de una ocasión— no estaba dispuesto a representar el papel de insignes «*inocentes*», como Kerensky en Rusia, Benes en Checoslovaquia o, bien recientemente, Eduardo Frei en Chile⁷¹

En cierta forma la renovación marcelista era genéticamente limitada, superficial e incluso vacilante. Y estas características, visibles en los resultados, afloraban

⁶⁹ 27. IX. 68 (*Pelo futuro...*,19)

⁷⁰ Alusiones al tema en: 27. XI. 68 (*Pelo futuro...*,66); *DIÁRIO DE NOTÍCIAS*, 23-24. X. 69 (*Mandato...*, 62-63); 21. II. 70 (*Mandato...*,113 y 117-118); 22. II. 72 (*Progresso...*,105); 18. VI. 72 (*Progresso...*,161-162)

⁷¹ 6. V. 73 (*As grandes...*,105). Otra muestra: «*A história recente aí está a mostrar-nos os exemplos trágicos dos kerenskis ou dos mazariks*» (27. XI. 68, *Pelo futuro...*, 66)

también en la lógica de su discurso político. Cuando Marcelo Caetano aborda la necesidad de introducir cambios en la política económica, parte de un diagnóstico realista: la economía portuguesa estaba caracterizada «*pela escasez da iniciativa, pela timidez dos capitais, pela falta de quadros e por uma excessiva dependência do Estado*».⁷² Afirmará que «*os tempos do nacionalismo económico vão passados*», de modo que las actividades productivas no podían seguir vegetando a la sombra del Estado. La iniciativa privada portuguesa, tradicionalmente poco desarrollada, tenía que tomar en sus manos el fomento de la riqueza nacional. Los empresarios debían ser más decididos, eficaces y competitivos, y los capitales extranjeros debían ser bienvenidos para modernizar al país y compensar la pérdida de flujos financieros destinados a la defensa del «Ultramár».⁷³ Pero el Presidente del Consejo daba también otra de arena, cuando aseguraba que el Estado no abandonaría completamente a las industrias portuguesas⁷⁴, ni podría tolerar que la presencia de los capitales foráneos se tradujera en una «explotación» del país;⁷⁵ cuando insistía en que la libertad, la propiedad individual, la empresa privada, tenían que «concebirse» y «regularse» de forma que cumplieran «*a sua função social*», porque no «*seria tolerável que prejudicassem os interesses colectivos*».⁷⁶ En suma, la propia apertura económica era limitada, no sólo por razones de prudencia política, sino acaso también porque en los esquemas organicistas —corporativos— de Marcello Caetano sobre la comunidad nacional no cabían excesos liberales.

Otro tanto podría descubrirse en su discurso sobre los diversos aspectos sociales del reformismo. El Presidente del Consejo se revelaba sensible a toda acción destinada a mejorar el nivel de vida, la protección social de los trabajadores industriales y rurales y la autenticidad de su capacidad negociadora con los empresarios. Es poco discutible que el consulado marcelista aportó en este terreno mejoras muy sustanciales. Sin embargo, como antes hemos subrayado, hay una marcadísima insistencia en acotar todo ese proceso renovador en los límites estrictos del supremo «interés nacional», descartando la libre sindicación y manteniendo en la proscripción las acciones independientes y defensivas de los trabajadores a través del derecho a la huelga. En definitiva, postulando la plena vigencia del sistema corporativo, que si debía dinamizarse y tornarse más auténtico, era precisamente porque conservaba la capacidad de seguir impulsando correlativamente, como venía haciéndolo desde su creación, la modernización económica, el progreso social y la paz de la nación.

Tampoco en las reformas de mayor alcance político, que afectaban a la estructura y funcionamiento del Estado (poderes, representación, organización de los

⁷² 27. IX. 70 (*Renovação...*, 17)

⁷³ 8. I. 69 (*Pelo futuro...*,76); 21. V. 69 (*Idem*, 173-174)

⁷⁴ 2. XII. 70 (*Renovação...*,50)

⁷⁵ 21. V. 69 (*Pelo futuro...*,173); 18. VI. 72 (*Progresso...*,168)

⁷⁶ 21. II. 70 (*Mandato...*,117); 21. V. 69 (*Pelo futuro...*,175); 18. VI. 71 (*Progresso...*,166)

territorios africanos) el discurso de Marcelo Caetano definía horizontes ambiciosos que sobrepasasen en lo más mínimo los límites tolerables por el sistema. La reforma constitucional debía mantener el modelo presidencialista de 1933⁷⁷, que, según explicaba, resultaba por otra parte normal en algunos países del mundo democrático, como los Estados Unidos⁷⁸, y tampoco anulaba las funciones de la Asamblea, cuyos «*métodos de trabalho*» eran, a su juicio, «*no panorama parlamentar mundial, dos mais liberais e dos menos eficientes*»⁷⁹. Ni siquiera el poderoso argumento de que, puesto que el jefe de Gobierno sólo respondía ante la nación a través del Presidente de la República, la elección de éste debería retornar al sufragio directo como antes de 1959, le movía a acometer ese cambio tan elemental y congruente con el modelo político. Porque ¿no había aprovechado siempre la oposición esas campañas presidenciales para «*desencadear um processo destinado a destruir as instituições, o Estado e os valores que presidem à sobrevivência social*»? Habría que conservar por tanto el sufragio indirecto en la elección del Jefe del Estado, «*pelo menos enquanto se mantiverem esses factores de perturbação da vida nacional*»⁸⁰.

No hay en el discurso de Marcello Caetano cualquier indicación de apertura a la formación de partidos, que son, al contrario, objeto de descalificación por sobreponer los objetivos del mero disfrute de poder de las cúpulas — las «bases» eran simplemente manipuladas— a los intereses colectivos de la nación. Precisamente porque no era un partido, sino un «*instrumento de educação e participação dos cidadãos na vida pública*» que nunca había puesto sus intereses por encima de los del país y ni siquiera había monopolizado los favores de la administración, ni el control de los puestos políticos, la Unión Nacional debía continuar siendo el gran vehículo de representativo del consulado marcelista. Pero había que renovarla con un espíritu más dinámico, más participativo y más combativo. Por eso había sido rebautizada como *Acción Nacional Popular*. ¿Mera cosmética de siglas? No exactamente. La justificación que hacía el Presidente del Consejo de su criatura política resumía mejor que cualquier otro cambio el alcance exacto de su reformismo: estricta *renovación* para poder *continuar*. Se trataba de insuflar nueva vida en la mortecina cuanto políticamente sustantiva Unión Nacional. Había que sustituir la idea «*estática дума conjugação*» por el «*dinamismo da acção*»; no bastaba unirse, había que unirse «*para agir*». Debía seguir ostentando su cualidad «*nacional*», o sea «*ao serviço da Nação*» —colectivo fraterno que no negaba las tendencias universalistas de los tiempos. Tenía que ser «*popular*», porque servir los intereses de la nación equivalía a servir «*ao povo em geral*», lo que a su vez implicaba superar la anquilosada organización de cuadros con un modelo organizativo de base, que pudiera llegar a todos los rincones del país⁸¹. Con esta

⁷⁷ 29. V. 71 (*Renovação...*, 132-133)

⁷⁸ 23. VII. 71 (*Renovação...*, 187-187)

⁷⁹ 23. VII. 71 (*Renovação...*, 193-194)

⁸⁰ A. ALÇADA BAPTISTA, *op. cit.*, 122-123

⁸¹ 21. II. 70 (*Mandato...*, 101-103)

renovada organización política y cívica, el Presidente del Gobierno insistía en la necesidad de perder los complejos, abandonar la actitud defensiva y pasar a la «*ofensiva*» en respuesta a los desafíos y a la amenazas de los tiempos. Sin duda debía tratarse de una ofensiva mediante iniciativas reformistas que cazasen en el terreno de la revolución: no había que temer al «*movimiento*», ni intimidarse «*com as perspectivas das reformas!*»⁸². Pero esa dinámica reformista de ataque, henchida de ecos sociales y morales del viejo discurso estatista de los años treinta (contra las «*injustiças sociais*», el «*egoísmo das classes*», el «*derrotismo*», la «*maledicência siustemática*», la «*falta de fe*», de «*esperança*», de «*vontade*»),⁸³ no ocultaba en lo más mínimo su sustancial carácter reactivo, reaccionario, si se quiere. «*A sociedade* — resumía Marcelo Caetano — *tem de se defender atacando*»⁸⁴. Y los grandes enemigos eran bien conocidos: el «*anarquismo*», la «*revolução social*», las «*concepções comunistas*». En suma, «*todos os manejos anti-patrióticos*»⁸⁵ de la subversión.

Probablemente fuera en el escenario de la política colonial donde el reformismo del Presidente del Consejo resultase más genuino, al menos tendencialmente. Si, como en tantas ocasiones había reiterado, estaba fuera de causa el abandono del Ultramar porque el resultado sería una verdadera catástrofe humana por la perversa combinación de los objetivos bastardos de los sedicentes «movimientos de liberación» y de sus protectores internacionales con el atraso económico y la falta de «asimilación» de las poblaciones africanas, la única política que podía razonablemente oponerse era también una combinación de resistencia y de reforma. Marcelo Caetano resumiría esa acción reformista de su política ultramarina en cuatro aspectos sustanciales: «*consolidação das sociedades multirraciais*», «*autonomia progressiva do governo das províncias*» de acuerdo con su «*respectivo estado de desenvolvimento e os seus recursos próprios; participação crescente das populações nas estruturas políticas e administrativas; fomento dos territórios, com ampla abertura à iniciativa, à técnica, ao capital de todos os países, sob a única condição de se proporem valorizar a terra e a gente e não explorá-las*»⁸⁶

5. EL DISCURSO DEL PODER

El discurso político del Presidente del Consejo era transparente, y su ejecutoria de gobierno reveló una indiscutible coherencia con las posiciones que sostenía en el discurso. Otra cosa serían las insuperables dificultades para llevar a cabo ese proyecto de gobernación. Pero, ¿cuál era en definitiva el pensamiento de Marcelo Caetano sobre la política y el gobierno?

⁸² Idem, 113, 117-118

⁸³ 2. IV. 71 (*Renovação...*,94)

⁸⁴ 21. II. 70 (*Mandato*, 117-118)

⁸⁵ 2. IV. 71 (*Renovação...*,94)

⁸⁶ 17. VI. 69 (*Pelo futuro...*, 206)

Marcelo Caetano no era ni un simple reaccionario, ni un reformador cobarde. Es cierto que se quedó muy corto en los cambios, pero nunca dijo que pensara ir más lejos de lo que fue. Es verdad también que su discurso está dominado por el temor a la amenaza subversiva, pero tampoco se descubre en él únicamente la reacción nostálgica del pasado. ¿No había dicho que «a História está-se a fazer todos os dias»? Y ¿no sostenía que era necesario incorporar al país a esos «rumos de modernidade e progresso» que beneficiasen «cada vez mais todos os portugueses»? No era exactamente ninguna de esas cosas, porque de su discurso trasciende también una concepción positiva —no meramente reactiva u oportunista— sobre la legitimación del gobierno y el arte de gobernar.

El Presidente del Consejo era un intelectual, a la vez jurista e historiador, con intensa vocación y larga trayectoria docente, como en más de una ocasión él mismo reconocería («*confesso que foi como professor que me senti —para empregar a palavra na moda— realizado*»)⁸⁷. El intelectual conocía las doctrinas, las corrientes de pensamiento, estaba habituado a reflexionar de forma crítica sobre el hombre, la sociedad y la política. El historiador podía contrastar y verificar la reflexión del intelectual en el laboratorio de la experiencia de las sociedades a lo largo del tiempo. El profesor, que comprendía y por eso orientaba, podía explicar el mundo que veía y señalar el camino para vivirlo. En fin, el jurista sabía que la ley era el edificio de la convivencia, y por tanto, de la continuidad de la sociedad.

Pero ese político bien informado sobre la historia del hombre era, como ya señalara Pulido Valente, un «pesimista antropológico»,⁸⁸ que veía en el corazón del individuo las semillas del bien y del mal. En el propio concepto del pecado original se hallaba una ingeniosa «hipótesis explicativa» de ese «dualismo» que estaba «*no fundo da nossa natureza*». Pues bien, «*quando essa realidade é vivida a escala da sociedade política: será possível* —se preguntaba Marcello Caetano— *deixar à solta os maus instintos do homem? E que a maldade de uns oprima a liberdade dos outros*»?⁸⁹ Excluir el «mal» de esa percepción no sólo era una ingenuidad intelectual, sino un error político de gravísimas consecuencias sociales, puesto que por la puerta del recurrente mito de la bondad natural del hombre, entrarían todas las formas de disolución donde germinarían las más oprobiosas dictaduras. Por eso el Presidente del Consejo advertía sobre los peligros que representaba la subversión anarquizante, que estaba ganando el corazón de la juventud y favorecía la ofensiva totalitaria de las diversas modalidades revolucionarias del comunismo. Y, por eso también, se negaba a dar por buenos los postulados del demoliberalismo clásico, imperante en las sociedades de Occidente, con su defensa indiscriminada de las libertades individuales, puesto que además de abrir las puertas al enemigo totalitario,⁹⁰ facilitarían siempre el triunfo de los egoísmos particulares frente al interés prioritario de la colectividad.

⁸⁷ 15. V. 71 (*Renovação...*,117). También 8. IX. 72 (*Progresso...*, 224)

⁸⁸ V. PULIDO VALENTE *op. cit.*, 19

⁸⁹ A. ALÇADA BAPTISTA, *op. cit.*,48

⁹⁰ 20. VI. 71 (*Renovação*, 178-179)

Esta línea de pensamiento, entre escéptica y realista, acerca de las formas esenciales del comportamiento individual y social del hombre, no sólo aparece explícitamente formulada en muchos pasajes del discurso político marcelista, sino que subyace siempre como implícita fundamentación de las limitaciones que el Presidente del Gobierno establecía sistemáticamente en todas y cada una de las cuestiones sometidas a sus previsiones reformadoras: liberalización tasada; refuerzo de la economía de mercado sin completa retirada de los poderes públicos; impulso a la iniciativa sindical, sin libertad de sindicación; en suma, avance de los derechos individuales, sin liquidación de la tutela del poder ni subordinación de lo colectivo.

Marcelo Caetano no negaba el valor intrínseco de los grandes principios de la sociedad política. «*Eu bem queria ensaiar* —confiesa en algún momento— *novos métodos de governo, com mais larga e íntima participação de todos na vida colectiva*». «*Eu não quero ser ditador*»,⁹¹ protestaba con rotundidad, acaso pensando en su antecesor en el Gobierno. Aún más, «*sempre me tive na conta de liberal*», declaraba en otra ocasión⁹². Pero sus restricciones al ejercicio clásico de las libertades y de la democracia apuntaban siempre, no a la calidad teórica de esos grandes valores, sino a la frecuente corrupción de su ejercicio político. Si habitualmente —si no sistemáticamente— los excesos de la libertad conducían a su propia destrucción, ¿no deberían limitarse algunas de ellas para salvar las fundamentales? El Presidente del Consejo distinguía entre «libertades fundamentales» y «derechos instrumentales». Pues estos últimos —con los que se refería a las tradicionales libertades políticas— debían subordinarse, condicionarse, a la defensa plena de aquellas: al derecho a la vida, a la integridad personal, a la reputación, al trabajo, a la libertad religiosa, a la propiedad, etc., etc....., a todo eso que no se respetaba en las sociedades comunistas⁹³. En suma, la «*liberdade política*» debía entenderse «*como simples meio de defender as libertades essenciais*»⁹⁴. Tampoco negaba el Presidente del Consejo la bondad del principio democrático de un «*governo de acordo com a vontade popular*»,⁹⁵ pero no creía que la única vía, ni siquiera la mejor, por la que se expresaba esa voluntad fueran los partidos y el sufragio de la «*ultrapasada democracia liberal*». Porque los partidos, que forjaban las mayorías, eran máquinas manipuladoras, impostores representativos, ciegos para el análisis y la crítica racional de la labor política e insensibles a los deseos más genuinos de la ciudadanía. Incluso en otras sociedades, como las africanas, tan distantes de las tradiciones políticas de Occidente, ni siquiera tenía la menor significación representativa el hecho de introducir un «*quadradinho de papel*» en una urna.

⁹¹ 8. IV. 70 (*Mandato...*,133-134, 136)

⁹² 6. V. 73 (*As grandes...*,105)

⁹³ Idem, 103-104

⁹⁴ 27. IX. 69 (*Mandato...*,20)

⁹⁵ 6. V. 73 (*As grandes...*,96)

El Presidente del Consejo no se consideraba ni antidemócrata, ni antiliberal. Pero desconfiaba del hombre y no creía que en los escenarios utópicos de la libertad sin límites y de la democracia en plenitud, las sociedades pudieran controlarse a sí mismas, autorregularse, neutralizando el triunfo devastador para la propia convivencia social de los egoísmos particularistas. Podría admitirse que en algunas sociedades, habituadas por siglos de experiencia —como la británica—, el sentido cívico de responsabilidad colectiva bastase para embridar esas tendencias de disolución. Pero eso no era lo normal, y, desde luego, no lo era en absoluto en el caso de Portugal.

El poder tenía por tanto que ejercer una labor correctora de las graves disfunciones sociales que producirían los maximalismos liberal y democrático. El ejercicio que contemplaba Marcelo Caetano estaba muy lejos de cualquier personalismo carismático como el que había representado el gobierno de su predecesor. Sin embargo, el Presidente del Consejo reivindicaba el papel de una aristocracia de mando frente al avance de una cultura de falso igualitarismo que estaba acomplejando y destruyendo los fundamentos legítimos de la autoridad. Había que afirmar el «*valor individual*» como «*o grande motor do progresso social*»; había que «*proclamar a necessidade da existência dum escol*»; había que «*prestigiar as elites*», «*combater a campanha subversiva que tende a minimizar o valor social da chefia*», «*contrariar a onda denegridora de tudo quanto representa a virtude do comando*»; había, en fin, que evitar que siguiera avanzando de forma subrepticia ese perverso concepto que estaba sustituyendo el término de «*presidente*» por el de «*moderador*», procurando «*submergir as acções directivas em intermináveis discussões dos subordinados*»⁹⁶

Pero ¿cuáles eran las pautas de ese poder?

En primer lugar, la ley. Jurista ante todo, Marcelo Caetano consideraba que las leyes constituían el edificio que contenía tanto la vida política, como la acción del gobierno y la libertad. El deber de quien gobernaba era «*defender a legalidade e a ordem que lhe foi confiada e cuja evolução só por meios pacíficos e regulares pode e deve fazer-se*».⁹⁷ El propio concepto de libertad era para el Presidente del Consejo inseparable de la ley, porque constituía «*a faculdade que se reconhece às pessoas de obedecer às leis mais do que aos homens, o direito de só ser obrigado a fazer ou a deixar de fazer alguma coisa em consequência de lei geral*»⁹⁸

El poder debía revestirse también de legitimidad popular. Debía tener por tanto una sustentación democrática, aunque Marcelo Caetano consideraba que ésta no se agotaba en el sufragio —que también pretendía practicar el Estado Novo—, sino que se dejaba sentir «*por mil formas expresivas, bem patentes nos contactos, hoje tao fáceis e abertos, com os governantes*», gracias a los modernos me-

⁹⁶ 2. IV. 71 (*Renovação...*96-7)

⁹⁷ 27. IX. 70 (*Renovação...*,26)

⁹⁸ 2. XII. 70 (*Renovação...*,61-62)

dios de comunicación social. La democracia era «*a auscultação permanente das necessidades, dos anseios, das aspirações populares e a procura de fórmulas mais eficazes para resolver pela melhor forma o que seja do interesse do maior número*»⁹⁹ La defensa de vías alternativas al voto en la urna, y a su juicio más genuinas de la verdadera expresión de la voluntad popular que éste, constituía una idea recurrente, que el Presidente del Consejo utilizaba también para combatir a quienes reclamaban el derecho de autodeterminación de las poblaciones africanas. Sostenía por ejemplo que la convivencia racial y la paz en los territorios ultramarinos representaban la más rotunda expresión de la voluntad popular de las poblaciones africanas. La vía de la comunicación sin intermediarios entre gobernante y gobernados que de alguna forma postulaba Marcelo Caetano tenía indudables ecos populistas, que evocaban toda una tradición crítica frente al demoliberalismo clásico, y recordaba fácilmente aquel «aperto de mão entre o Rei e o Povo» que había reclamado en su día Oliveira Martins.

Asimismo tenía resonancias históricas bien visibles esa idea de que el poder se justificaba por la índole eminentemente práctica de su función. Se trataba de una legitimación de ejercicio. Gobernar —explicaba Marcelo Caetano— era sobre todo «*resolver os problemas reais e efectivos*» de la sociedad; «*tendo em conta certa visão do futuro, sem duvida. Mas a maneira como o homem de Estado deve considerar a evolução provavel do seu país no Mundo não tem nada a ver com um romance de ficção científica*»¹⁰⁰. Gobernar era en gran medida administrar con eficacia la variedad inmensa de problemas e intereses, a menudo encontrados, que se daban en la sociedad, y proveer al progreso y a la mejora del conjunto de la colectividad. Esa realidad social, que había que gestionar cotidianamente y que naturalmente formaba parte de un legado histórico insoslayable, establecía al mismo tiempo la justificación y los límites del ejercicio del poder. Creía que sus formas ideologizadas y partidarias lo deslegitimaban y pervertían su verdadera función.

Finalmente, la razón y la templanza aparecían en el discurso político del Presidente del Gobierno como las referencias permanentes de una gobernación justa y equilibrada que debía constituir la guía central del gobernante. Marcelo Caetano reivindicaba la recuperación de la «*razão crítica*», que a su juicio estaba perdiendo «*todos os dias terreno em benefício da emoção e da fantasia*»¹⁰¹. La justicia, que no se imponía espontáneamente, sino que exigía la autoridad del gobernante, era «*a voz da razão*»¹⁰², de modo que ésta marcaba el camino de una autoridad firme, pero también ponderada: por la reflexión, por el estudio, por la crítica fundada. Había indiscutibles ecos de ese autoritarismo, teóricamente racional y templado, que había consolidado una cierta tradición discursiva durante el salazarismo, cuando el Presidente del Consejo abogaba por un clima de paz para «*o progresso*

⁹⁹ 6. V. 73 (*As grandes...*,96)

¹⁰⁰ 24. VI. 73 (*As grandes...*, 125); 22. II. 72 (*Progresso...*, 102-103)

¹⁰¹ 22. II. 72 (*Progresso...*, 102)

¹⁰² 20. VI. 71 (*Renovação...*, 179)

económico, cultural e moral» del país; de la paz que permitía «discutir com serenidade, estudar com perseverança, reflectir com fecundidade, decidir com autoridade e executar segura e firmemente»¹⁰³. La razón, en suma, debía constituir la esencia y el fundamento del poder: su legitimación y sus límites, a través de la crítica que Marcelo Caetano decía aceptar siempre y cuando no rebasara los márgenes de lo razonable. Convenía que los actos del Gobierno fuesen criticados porque ello formaba parte de la tarea de gobernar. Pero esa crítica no debía obedecer al «maldito espírito de partido», sino ejercerse siempre «por pessoas competentes, sientas, capazes de uma apreciação objectiva e desapaixoadas»¹⁰⁴. Ese camino de la razón, que era el del equilibrio frente a los excesos ideológicos de la pasión, marcaba indefectiblemente el meridiano político del centro donde el Presidente del Consejo quería situar su acción reformadora y templada de gobierno. Ya en el tramo final de su mandato resumía así, ante el congreso de la ANP, sus pretensiones: «representamos, nós, uma posição de centro em que se procura a cada passo fazer apelo à razão. Pretendemos ser os mantenedores da regra numa sociedade que pende para o desregramento, os paladinos do equilíbrio num momento em que tudo parece desequilibrar-se. Posição difícilíssima. Muito mais difícil do que parece. Porque não faltam a todo o momento as provocações e os desafios»¹⁰⁵

6. CONCLUSIÓN

Este viaje por los argumentos políticos de Marcelo Caetano durante sus años en la Presidencia del Consejo de Ministros de Portugal permite una caracterización bastante precisa de su proyecto político. Sus perspectivas ideológicas y políticas se situaban básicamente en el interior del Estado Novo; su visión teñida de pesimismo sobre la situación portuguesa y de la sociedad internacional circundante no diferirían mucho de la de su predecesor: el mundo había enloquecido; la subversión política y moral avanzaba sin freno; el imperialismo comunista estaba explotando los utopismos revolucionarios de toda una generación; el liberalismo, la democracia, los Estados occidentales abrían inconscientemente las puertas a la destrucción de la propia libertad; Portugal, «centinela de Occidente», en Europa y en África, estaba siendo objetivo preferente de esa ofensiva revolucionaria, de esa guerra subversiva cuya estrategia medular era destruir la moral de resistencia de la retaguardia. Y la retaguardia portuguesa se debilitaba de manera alarmante, por la cobardía suicida de la burguesía, por la acomplejada permisibilidad de las autoridades naturales y por la activa colaboración de los opositores, quinta columna, consciente o inconsciente, de «malos portugueses». Esta perspectiva bastante catastrofista del escenario interno e internacional no era precisamente una mues-

¹⁰³ DIÁRIO DE NOTÍCIAS, 23-24. X. 69 (Mandato..., 62-63)

¹⁰⁴ 8. IV. 70 (Mandato..., 136-137)

¹⁰⁵ 6. V. 73 (As grandes...,96)

tra de fe en el futuro, ni un estímulo para el cambio. Sobre ella basaba en gran medida Marcelo Caetano su oposición a desmontar los mecanismos de contención que poseía el Estado —la censura y la acción policial—, puesto que la nación se hallaba enfrentada a una «guerra subversiva». Y por eso también juzgaba que el sistema de partidos y el establecimiento de una democracia política facilitarían la disolución de la resistencia del país ante ese mundo enloquecido sobre el que cabalgaba la revolución.

Pero, por amenazadores que fueran los tiempos que se vivían, las posiciones reactivas del Presidente del Gobierno no estaban dictadas únicamente por la gravedad de la coyuntura histórica del mundo en general y de Portugal en particular. En realidad el pensamiento de Marcelo Caetano siempre se había mantenido instalado en unas posiciones de conservadurismo político genéticamente incompatibles con la aceptación del pleno ejercicio de la libertad individual y de la representación democrática. Creía que las dos grandes funciones del gobernante sobre las que reposaba la legitimación del poder consistían en asumir la realidad recibida (¡cuántas veces recordó que nunca le era dado al estadista escribir sobre una página en blanco!) y en orientar la acción del gobierno hacia el bien común, al que a menudo habría que sacrificar los egoísmos individuales. La historia y el interés prioritario del colectivo nacional aparecen siempre, de una u otra forma, en el discurso del Presidente del Consejo como los pilares legitimadores y funcionales del poder. Como muy bien señala Juan Carlos Jiménez, tanto Marcelo Caetano como sus homólogos españoles, los coetáneos «desarrollistas» del franquismo, profesaban una visión organicista de la sociedad, que les llevaba a identificar el pleno ejercicio de la libertad individual con la disolución social, y la democracia política con el triunfo de la anarquía.¹⁰⁶

A pesar de todas estas limitaciones, es evidente que, tanto antes como después de su llegada a la Presidencia del Consejo, la figura y el programa marcelistas representaban también elementos innovadores respecto del gobierno de Salazar. Caetano creía en el funcionamiento institucional y despersonalizado del régimen; apostaba por una generosa modernización de la economía y de la sociedad; estaba dispuesto a «liberalizar» los sistemas de contención de la dictadura; aceptaba un difuso horizonte de emancipación colonial, controlada e integrada en un posible espacio federal lusitana, y rechazaba el dogma salazarista que vinculaba la independencia de la nación al mantenimiento de los territorios de «ultramar». Había además en el estilo de su gobierno y en el tono de su discurso político una impronta aperturista, un designio de descompresión y un cierto esfuerzo de dinamización representativa del régimen que contrastaban con los últimos años de plomo de la dictadura salazarista. Aún más, no es difícil descubrir en el discurso marcelista ciertas manifestaciones, más o menos indirectas, de aceptación de los principios políticos del liberalismo. Ya hemos visto como en más de una ocasión se

¹⁰⁶ Vid. su artículo en este mismo volumen

declara liberal, rechaza con energía que tenga cualquier vocación de dictador o se niega a aceptarse como un reaccionario de derechas, reivindicándose de izquierdas en política social. Tampoco se encontrará fácilmente una crítica esencial a los principios liberales y democráticos en sí mismos, sino más bien a la perversión de sus posibles consecuencias prácticas, como la falta de eficacia gubernativa, la suicida tolerancia con la revolución o el estímulo al egoísmo individualista frente al interés de la comunidad. Y, en alguna ocasión atribuirá esas derivaciones perniciosas a la falta de una cultura cívica, como era el caso de Portugal, pero no, por ejemplo, el de Inglaterra, donde no había inconveniente (tampoco lo había tenido Salazar) en admitir que las instituciones democráticas funcionaban de forma satisfactoria.

De esta forma, la sustancia ideológica estadonovista, que constituyó siempre la estructura esencial del proyecto político de Marcelo Caetano, tendía a alterarse desde mi punto de vista con dos ingredientes renovadores: de un lado el intento de conciliarla con las exigencias inexcusables de una adecuación permanente a los tiempos históricos, asumiendo el ritmo de la modernización económica y social que indefectiblemente imponían; de otra, mediante un esfuerzo de legitimación racional del régimen que, tratándose de un intelectual como Caetano, siempre reacio a dar por buena la dictadura del poder, sólo podía inspirarse en la aproximación a un cierto horizonte político de estirpe liberal. Esa era en realidad la contradicción interna del Presidente del Consejo, que las inmensas dificultades políticas en las que tuvo que desarrollarse su gestión al frente del Estado, convirtieron en un clamoroso fracaso henchido de dramatismo histórico y personal.